

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL OJO
DEL ÁNGEL
EN EL PINO
Y LA VIEJA COCINA

Fernando Olavarría Gabler

37



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL OJO
DEL ÁNGEL
EN EL PINO
Y LA VIEJA COCINA

Fernando Olavarría Gabler



EL OJO DEL ÁNGEL EN EL PINO Y LA VIEJA COCINA

tardecía en el lago.

El Sol, con sus rayos rojos y dorados, no se escondió en el horizonte detrás de la silueta de los cerros y el volcán, sino que quiso descansar entre las ramas del pino gigantesco, cerca del lugar donde los colonos habían construido su nueva casa.

Brilló allí como un magnífico chiche de Pascua y después de un rato se apagó lentamente hasta desaparecer.

¿Era un mensaje?

La casa de los colonos de esas tierras sureñas estaba recién terminada. Se escuchó el golpear de los martillos y el serrucho durante semanas y meses. Ni un obrero. Ellos la hicieron con sus propias manos. Como el ave fénix, la nueva casa surgió de las cenizas que humearon durante varios días después de incendiarse la casa vieja.

El fuego partió en el segundo piso al resquebrajares el cañón de la chimenea de la cocina a leña. Esa tradicional cocina sureña que prepara la comida y al mismo tiempo protege del frío y seca la ropa mojada por la lluvia, a veces interminable.

Cuántas conversaciones escuchó la vieja cocina a su alrededor, a la hora del mate, mientras hierven las cazuelas y se cuecen las papas que nunca faltan.

Cuántas alegrías alrededor de ella, pero más tristezas...

A la vieja cocina la abatió la vejez, se le deterioró su chimenea

así como a los humanos se les dañan las arterias.

Murió desecha y retorcida entre las llamas. Sólo quedó la plancha de hierro donde posaron teteras, sartenes y ollas durante tres generaciones.

Pero los recuerdos no se fundieron como su estructura metálica sino que permanecieron en el fondo del corazón de cada miembro de la familia de colonos.

Son imágenes a veces terribles que vienen de vez en cuando a la conciencia y después se van a quizás dónde.

La tierra temblaba y se oía un ruido sordo como si todo el cerro se viniera abajo.

Pasó el alud de piedras, barro y árboles gigantescos descuajados de raíz.

La Purísima había salido a colgar la ropa y fue la primera que lo vio venir y corrió a dar la alarma

-¡Un “redumbe”!- gritó.

Salió la familia y corrió presurosa a un faldeo del cerro donde había una ermita. Era un santuario familiar con la imagen repetida veintiuna veces de la Virgen María.

En esas lejanías no hay iglesias ni curas. Solamente se tiene una rústica ermita donde se le reza a Dios.

Cunde el pánico.

Las mujeres gritan espantadas y las guaguas lloran en sus

EL OJO DEL ÁNGEL EN EL PINO Y LA VIEJA COCINA

brazos. Los hijos pequeños piden protección, aferrados a las piernas de sus madres y hermanas mayores.

Cae la abominación de rocas, árboles y lodo, y quizás por qué milagro se desvía antes y no arrasa con la casa y todo a su alrededor.

Ha cesado de llover y la familia temblorosa de miedo y de frío se refugia en la casa, alrededor de la cocina, para recibir calor en sus cuerpos y almas atormentadas.

Pasan los años. Las niñas han crecido y se transforman en jóvenes. Algunas se van a trabajar a otros lugares en las orillas del lago, y vuelven con un bebé dentro de su vientre. La familia crece. Llanto de niños. El invierno es largo. Falta comida para alimentar a tan numerosa familia.

Ramón, que ya tiene quince años, va a pescar todos los días y trae una trucha o una perca.

Al final del invierno las papas escasean. Se pasa hambre y frío. Las tormentas alteran el lago y su agua se enturbia. Grandes olas rebotan en las orillas rocosas y en el medio se forman torbellinos, capaces de hundir una embarcación.

El viento ruge entre el follaje de los árboles y las tejuelas crujen en el techo.

Juan, el jefe de familia, está cansado de tanto sufrir.

-“Aquí se pasa mucha hambre” -dice- “Hay que emigrar”.
Pero ¿a dónde?

Llega la primavera y el verano, con cerezas, moras y manzanas en abundancia. El Sol quema. Los niños se encaraman a los árboles y comen hasta hartarse. Se bañan en las playas donde llegan pequeñas y suaves olas a la arena gris. Hacen un gran bullicio, como pajarillos retozando en una pileta.

Juan siente que la vida lo ha vencido y abandona a sus seres queridos.

Lo velan con su mejor ropa, encima de la mesa del comedor.

Alberto, el hijo mayor de Juan, se ha casado. Decide irse. Abandona la familia y se va con su mujer mapuche y su hijastro a vivir a los bosques, entre valles y montañas desconocidas. Allí se llega en bote y luego se camina a caballo durante varias horas por un sendero hasta subir hacia las nubes. Tala el bosque con su hacha incansable. Caen los árboles muy altos y con ellos construye su hogar.

Muy lejos, en la otra orilla del lago, María Ester, su madre viuda, con la ayuda de las hijas y nietos, siembra papas en el huerto cercado por estacas de troncos para que los animales domésticos no invadan lo que se ha sembrado.

Allí no se ven pircas de piedra ni cercas de alambre, la madera suple esa función y las cercas se ven más hermosas.

Ramón ya no tiene quince años. Es un mozo robusto y el jefe del hogar. Los vestigios de sangre alemana que corren por sus venas

EL OJO DEL ÁNGEL EN EL PINO Y LA VIEJA COCINA

se manifiestan en su rostro pecoso y el pelo rojizo de su cabeza y antebrazos.

Los demás niños han crecido y pastorean las ovejas. Las niñitas ayudan a sus mamás a lavar la ropa y a cocinar.

Son todos primos, hijos de hermanas y de diferentes “tíos” desconocidos que habitan en las orillas del lago.

Viven alegres. La madre naturaleza es pródiga con ellos. Fruta en el verano. La cosecha de papas es abundante porque se han multiplicado las manos de los que siembran. No falta la leña y cada cierto tiempo se sacrifica un chanco o una oveja. Se compra harina, azúcar y hierba mate y se conversa de todo esto, alrededor de la vieja cocina. Es agradable el calorcillo que da, también el olor a comida. Las cazuelas borbotean encima de la plancha de acero. Afuera ha terminado de llover y se respira un aire frío y puro que contrasta con el que se vive en el interior de la casa, tibio y con olor a carne, papas y “chalotas” que abren el apetito.

-Me estoy enfriando- reclama la vieja cocina. Una de las mujeres se levanta de la silla, se oye un chirrido de la bisagra de la puerta de hierro del fogón y se echa un trozo de leña. Leña que ha sido trozada a hachazos y que viene del bosque virgen que rodea la casa.

Hierve la tetera y por el pico salen pequeños borbotones de agua que caen sobre la plancha de hierro caliente, desvaneciéndose

al instante al convertirse en vapor, sin antes hacer un sht, sht, característico. Se sirve el mate.

La familia, después de conversar y reír se va a dormir. La noche está silenciosa. Ni un solo ruido.

Los cuerpos duermen quietos y las almas viajan calladas, quizás a qué otros mundos invisibles.

Pero la felicidad no es perdurable en esta Tierra.

El buen Ramón anda en malas juntas. El ángel malo lo invita a beber. Hay una discusión sobre quién debe manejar el motor de la lancha cuando van navegando en la noche, de regreso al hogar. De la disputa se pasa a la agresión física, a un forcejeo entre dos ebrios.

Ramón cae al agua y su cuerpo reposa boca arriba con los brazos abiertos, formando una cruz en el fondo del lago.

Se le recuerda con una misa oficiada por un sacerdote traído de la ciudad y se depositan flores sobre la superficie del agua donde se presume que se ahogó.

La vieja cocina va a morir. Se le rompe su única arteria de latón y brotan las llamas en el entretecho.

-¡Están saliendo llamas por el “soberado”! Grita la Sudelia.

La familia trata de salvar todo lo que se pueda extraer de entre las llamas pero el calor es intenso y obliga a alejarse.

Sudelia no alcanza a sacar su cartera del dormitorio y ésta arde

EL OJO DEL ÁNGEL EN EL PINO Y LA VIEJA COCINA

con todos los billetes ahorrados con tanto sacrificio.

Todo lo trabajado en la casa de verano de la señora Oenone se ha perdido en un segundo.

El cocinar, el barrer, el trabajo en la huerta, el cuidado de la casa de la señora Oenone, se ha convertido en cenizas dentro de su cartera.

Rubén da un salto en el aire, como un improvisado karateca, de una patada rompe una ventana y por entre los vidrios rotos ha extraído su tesoro: Una pequeña radio portátil a pilas.

Las llamas, ahora enormes, hacen vibrar las paredes de madera. Estallan los vidrios. La familia entera, rodeando la vieja casona contempla enmudecida su tragedia. Permanecen inmóviles con los brazos caídos sin nada más que hacer.

Al poco rato solamente quedan unos escombros humeantes.

Pero la tristeza tiene sus límites. Podríamos decir que el territorio de la tristeza es vecino de otro que es el de la alegría. El destino del ser humano es recorrer estos dos territorios y traspasar sus demarcaciones sucesivamente, hacia un lado y otro, para allá y para acá, sin que intervenga en todo esto su voluntad.

Han llegado los turistas y construyen sus casas de veraneo. Llegan con sus lanchas y sus motores rugientes fuera de borda. Con ellos también llega el esquí acuático, la pesca deportiva y el dinero, que se paga a los que cuidan sus casas y los jardines.

Las mujeres cocinan y efectúan labores domésticas. Los que fueron guaguas de antaño ahora son jóvenes que trabajan como lancheros, carpinteros, hortelanos, etc. que reciben su paga. Hay sueldos para cuidadores que duran todo el año.

Ya no se pasa frío ni hambre en el invierno.

Hasta hay un médico que “reconoce” las enfermedades y da remedios gratis.

Tenemos manos fuertes que trabajan y ahorran dinero el cual sirve para comprar lanchas con motores, hasta un generador eléctrico que provee luz a la casa y ¡un televisor!

Ya no se reúnen los colonos alrededor de la vieja cocina a leña, ésta ha sido reemplazada por otra más moderna, a gas licuado.

Esa noche ya no charlan ni toman mate, están todos callados frente al televisor que está transmitiendo un partido de fútbol de la Selección Nacional contra un equipo extranjero.

El Sol se está ocultando allá, detrás del volcán Osorno, sus faldeos parecen de hierro al rojo vivo.

El disco, rojo y brillante, se esconde entre las espesas ramas del gran pino, vecino a la casa de los colonos del Sur.

Parece un ojo gigantesco que brilla escondido entre el follaje. Quizás es el mirar de un ángel de pelo rojizo similar al de Ramón, el bondadoso.

¿Acaso has venido y te has posado resplandeciente entre las

EL OJO DEL ÁNGEL EN EL PINO Y LA VIEJA COCINA

ramas del pino, a visitar a tu familia? A compartir sus penas y alegrías que sufrieron y gozaron contigo alrededor de la vieja cocina. Así te sientes más cerca de ellos y les transmites tu mensaje de amor, que viene de lo alto, de nuestro Señor.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.